

Según parece ha mejorado, de entonces acá, el mobiliario de los Liceos. En mis tiempos, el del Liceo Bonaparte era furiosamente primitivo. Concedido que era un Liceo de externos; pero eso no puede ser una razón para ofrecerles a hijos de padres que pagan caro, anfiteatros como aquéllos, bancos mondos y lirondos, sin mesas por delante, ni nada de nada que pudiera tener relación con la comodidad. Y yo abomino aquí, ante el gran público en pleno, de los diversos regímenes, republicanos o monárquicos, y "viceversa", que se han contentado con tales bancos para sus futuros hombres de seria instrucción. ¿Los ven bien desde aquí?, con el tra-

sero sobre una tabla de cuerpo de guardia, de calabozo para hablar con más propiedad; el pecho y las espaldas encorvadas hacia las rodillas, donde algún "secante" estaba encargado de recoger en esas condiciones un texto griego o latino. La cátedra misma del profesor era una obra maestra de monstruosa incomodidad...

Esto dicho, hablemos un poco, muy aprisa antes de volver a mi persona, tema principal de estas líneas sinceras, de las buenas criaturas que me inculcaron los pocos conocimientos que poseo en algún modo clásico. Todas eran, lo que yo puedo ahora decir con plena tranquilidad —qué caro me ha costado—, con un diminutivo al fin y al cabo, buenas personas, más convencidas que los actuales "normalianos", algo falaces, tan instruidos ciertamente como ellos y menos familiares, por lo que eran preferiblemente atendidos los juveniles espíritus encomendados a sus cuidados, a los modernos evadidos de la calle de Ulm. Pero eso no importa, ¡qué tipos, aun a distancia, eran las tres cuartas partes de aquellas excelentes personas!

Quiero abreviar la lista y no causar pesadumbre a ninguno de los raros supervivientes que de ella pudieran formar parte. Pero, sin embargo, pero no obstante, pero a despecho de todo y de algunas consideraciones que puedan contenerme, déjenme, por favor, sonreír un po-

co ante la idea, en el fondo afectuosamente evocada, de aquellos maestros de nuestra juventud, extraños frutos de un hatajo de revoluciones políticas, que no iban a parar nunca, digámoslo seriamente, con todo patriotismo, sino en el empequeñecimiento general, desgraciadamente.

En la clase sexta, M. M. . . , donde yo era —digo donde como si hablase de un lugar— compañero de banco de un tal Hayem, aquel bueno de M. M. . . , que, entre dos dictados y ocho o diez correcciones de copias, se relamía de gusto pensando en los futuros “temas” que iba a “echarnos”; en la quinta, M. P. . . , fuertes zapatones, algo desanimado —¿no era algo “republicano” en aquellos tiempos de imperio. . . imperial?—, fuertes zapatones, digo, el collar de barba a lo Julio Favre y todo indiferencia en su clase; en la cuarta, M. V. . . , que tenía el tic de pasarse un dedo por debajo de la nariz a cada tarea que echaba de castigo; en tercera, un M. Reaume, que, según creo, ha escrito algo en casa de Lemerre, que no me quería lo más mínimo y tenía probablemente razón, y que un día que, desde el fondo del aula, que olía abominablemente a pintura, observábamos —estábamos en julio y teníamos abiertas puertas y ventanas— los esfuerzos de una golondrina caída a tierra por remontar el vuelo, nos dijo espontáneamente,

queriendo o sin querer: "El tedio nació un día de la uni...versidad"; en segunda, M. Perrrens, historiador de Jerónimo Savonarola y demás padres jacintos, que me detestaba, según me dijeron, y sigue detestándome, según me han dicho hace poco —¿por qué, Dios mío?—; en retórica, M. Durand, su bastón y su peluca, y orgulloso de tales atavíos.

...Empto dente ferox et crine venali;
 M. Deltour, hoy, según creo, inspector de Academia, autor de *Los enemigos de Racine*, espíritu exquisito, que fué indulgente con mi pereza, pero severo con mis traducciones en verso de Propercio, entre otros, y con un soneto, cuyo final —*in cauda*— *helo aquí*:

La humilde mesa de encina y el lecho de nogal;
 en retórica siempre, y antes creo que en segunda, M. Desjardins, profesor de Historia, muy interesante y muy elocuente, hablando de los merovingios, y M. Camilo Rousset, que solía leernos fragmentos de su *Historia de Louvois*, con su gran vozarrón de hombrecillo vivaracho.

Para acabar con esta parte de mis CONFESIONES, referente a la necedad y el hastío de la instrucción extraña que daban en mi tiempo a los hijos de los burgueses, mientras venía algo peor quizá, pasemos a mi examen del bachillerato.

He aquí eso en toda su gloria:

La vieja Soborna, negra como la tinta del discurso latino, herrumbrosa como el estilo de la disertación francesa... y tan lamentablemente comparable con ese exquisito Oxford...

Oxford, acerca del cual he hecho yo unos versos absolutamente inéditos en Francia, y que helos aquí, puesto que expresan un estado de alma mío bastante reciente (1893):

OXFORD

Oxford fué un gran consuelo para mi corazón,
Que en la Edad Media tiene cifrada su ilusión.

En punto a la Edad Media son acomodaticios
En ese país de algo fósiles edificios,

Adrede —esa es la moda y harías mal en burlarte—
Pero Oxford es sincero y allí domina el Arte;

Pero Oxford tiene fe, o al menos la apariencia
Bastante, y una joya da remate a su ciencia;

Una joya preciosa, deliciosa; los cielos
De un preciado prestigio coronan los desvelos,

El estudio, el silencio impuestos como amores
Y la sabiduría compensa los ardores,

La ciencia necesaria, esa dulce razón
Que por la Catedral remata en oración.

PAUL VERLAINE

Bajo el arco romano que tantas cosas viera
Y la vidriera gótica, apoteosis postrera

De santos más honrados, de aquello que parece
Mi corazón se humilla y mi deseo acrece

De nuevamente ser, lejos de esa ciudad
Que se ha hecho un galardón de su infidelidad.

—¡París! El hijo ingrato que imagina indiscreto
Romper los sellos sacros y poseer el secreto—

De ser o nuevamente volver a ser la cosa
Agradable al Señor —la causa es siempre hermosa.

Y ser por esto mismo todavía dulce y fuerte,
Oxford, cuyo recuerdo guardaré hasta la muerte.

En aquel anfiteatro, sucio como para estarse
cepillando uno toda la vida, un discurso en la-
tín y una disertación en francés, que yo quisiera
tener hoy en mi poder para venderlos como au-
tógrafos.

Al día siguiente, a eso de las once, volví, in-
quieto, al patio negro y mal enlosado a pegar
sin esperanza la nariz contra el cartel de los
“admitidos al ejercicio escrito”.

¡Entre ellos figuraba yo!